

EXPOSICIONES

OK LA EXPOSICION RETROSPECTIVA DE DIAZ VARGAS

Escribe: F. Gil Tovar

Miguel Díaz Vargas fue uno de esos pintores honrados que rellenaron —si bien no nutrieron— la pequeña historia del Arte nacional en este siglo. Bogotano, nacido en 1886 y muerto en 1956, discípulo en sus principios de aquel maestro del impresionismo que fue Andrés de Santamaría y formado más tarde en Madrid, de donde regresó para ocupar puestos eminentes en la vida artística colombiana, Díaz Vargas pintó paisajes, bodegones y escenas del “folklore” del país, como era lo obligado para la temática de los naturalistas académicos de su generación.

Cultivando virtuosamente aquellos reflejos del siglo XIX en el nuestro, el pintor bogotano aprendió lo que le enseñaron en una Academia que no tenía más misión —ni menos— que enseñar todos los aspectos formales previamente formulados para captar lo mejor posible las calidades epidérmicas del mundo objetivo. De estas fábricas de producir técnicos de la Pintura salían quienes aspiraban a “pintar bien” entendiendo la pintura como un bello oficio al margen de cualquier formulación estética distinta de la triunfante desde que los Carracci, los primeros que fundaron una Academia de Pintura, les decían a sus alumnos boloñeses aquello de “lo mejor de cada maestro sin olvidar que el primer maestro es la Naturaleza”.

Hoy, aquella estética no satisface a los espíritus actuales. Ni el contenido ni las formas que se han originado tras la sutil decrepitud del naturalismo decretada por los impresionistas tienen ya nada que ver con la pintura académica. Pero no por eso parece del todo justo apreciar debidamente los valores de que hacían gala quienes se enfrentaban con la Naturaleza humilde-

mente, considerándola irremplazable aún por el espíritu humano. Las conquistas difíciles que constituyen la Historia de la Pintura desde el Renacimiento hasta el siglo pasado, transformadas en receta mas no por ello convertidas en facilidad para quienes debían empezar por lo más elemental, son los valores de una obra de academia naturalista como la de Díaz Vargas: corrección en el dibujo, escorzos, luces, medias tintas, transparencias, claroscuros, perspectivas, composición según los cánones, calidades. . .

Es todo lo que debe pedirse a un naturalista y no es poco si se considera que existen, para constatar todos esos valores, nombres como Velásquez, Rubens, Zurbarán, Caravaggio, los Carracci, Van Dick, Tiziano, Tiepolo, Hobbema, y, en fin, toda esa enorme teoría de grandes maestros, y los no menos temibles grandes-pequeños maestros del virtuosismo pictórico, de escaso espíritu pero de grande calidad material, que constituyen ejércitos muy respetables en lo que a oficio se refiere.

Si un pintor de tendencias actuales tuviera que acometer su obra con cincuenta Picassos tras de sí, diversos dentro de una calidad óptima común, y maestros de mil maneras y sugerencias distintas, quedaría sin duda mucho más chico de lo que realmente pudiera ser, ante la posibilidad de ver comparada su obra con la de tantos grandes. Esto viene a ser lo que valoriza en gran parte a los pintores naturalistas, vistos hoy, últimos en la fila de cientos de nombres ya insuperables en su terreno. Es claro que los modestos y buenos pintores del naturalismo en nuestro siglo nunca entendieran que su misión era superar a Velásquez, a Tiziano, o a Rubens, sino que lo correcto y lo irremediable para ellos era seguir lo más decentemente posible el camino que aquéllos habían trazado: "Si los egipcios se ocuparon durante miles de años en repetir las mismas fórmulas porque eran buenas, por qué hemos de hacer lo contrario?".

Díaz Vargas, situado en ese terreno como tántos otros, noble y sencillamente, pintó lo que veía lo mejor que pudo y no hay por qué mesarse ahora los cabellos por el hecho de que su buen oficio de pintar estuviera al margen de lo que ya entonces gustaban llamar algunos "l'art vivant".

Lo mejor para nuestro gusto y dentro de los valores exigibles a todo naturalista, fueron sus bodegones y algunos retratos.

Entre los últimos, en su exposición retrospectiva celebrada en la Biblioteca "Luis-Angel Arango" recientemente, figuró una "Mujer del collar" muy notablemente pintada y solo resuelta con los recursos académicos necesarios, sin echar mano a toda la gama de los más sabidos. Desde el recurso al truco, en arte, hay una débil frontera; y esa fue la que no atravesó Miguel Díaz Vargas en este buen retrato.

Conviene que, de vez en vez, las salas bogotanas presenten la obra de un pintor de los que muchos llaman despectivamente "académicos", tan excesivamente exaltados hace unos años como denigrados ahora. Y conviene, para que muchos jóvenes, envueltos en la maraña formalista o teorizante, no olviden lo que el Arte tiene también de buen oficio.